

punto de partida, para investigaciones sobre Sto. Tomás y la pneumatología.

J. Alviar

Renzo GERARDI (ed.), *La Creazione. Dio, il cosmo, l'uomo*, Studium, Roma 1990. 162 pp., 13,5 x 21

En la medida en que se ha ido desarrollando el poder transformador del hombre sobre el mundo, los *vestigia Dei* han quedado eclipsados por el *opus humanum*, llevando —incluso en el seno de la teología— a cierto «olvido» de la verdad de la creación. Sin embargo, la conciencia ecológica creciente, el mayor aprecio de la interdependencia de los seres creados, y el cada vez más urgente interrogante acerca del sentido último del quehacer humano, han ido reclamando de la teología, en años recientes, respuestas adecuadas.

En septiembre de 1988 el *Movimento ecclesiale di impegno culturale* organizó en Santu Lussurgiu (Oristano) una «semana teológica» para tratar de «La teología de la nueva evangelización», incluyendo dentro de esta temática general una más específica: «Dios en la creación». Este libro contiene los textos de las cinco conferencias pronunciadas. En un capítulo introductorio, Renzo Gerardi, profesor en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Laterana, pasa revista a los temas que han de tenerse en cuenta en la reflexión moderna sobre la creación. Es necesario, según él, antes de hablar de las relaciones entre el hombre y la «naturaleza», darse cuenta de que ha habido una importante evolución en el concepto de «naturaleza» a lo largo de los siglos, hasta adquirir este término una fuerte connotación de dominio por parte del hombre.

Esta evolución conceptual refleja lo que ha sucedido en la práctica: el hom-

bre se ha distanciado del sentido genuino de la instrucción de «dominar» la tierra como imagen de Dios, actuando sin una orientación básica divina. Se precisa, ahora, perfilar una ética ecológica —complemento de la ética de la persona y la ética de la sociedad— que oriente al hombre en su modo de relacionarse con el mundo subhumano.

Antonio Bonora (†), profesor en la Facultad Teológica Interregional (Milán), estudia la doctrina sobre Dios en la creación, en los primeros once capítulos de Génesis. Descubre, en los relatos creacionales y en la posterior narración bíblica de la historia de la humanidad, una línea de pensamiento que perdura a lo largo del Antiguo Testamento y del Nuevo. Las principales lecciones reveladas serían: (1) Del hombre se espera, no un simple «guardar intacta» la creación, sino un «cultivar» (= transformar, mejorar) el mundo. (2) Esta acción sobre el mundo debe tener siempre una referencia antropológica: la regla de oro ha de ser el amor al prójimo, de tal modo que incluso al satisfacer las propias necesidades, el hombre tenga en cuenta las necesidades de los demás: generaciones presentes y futuras. (3) Proveer a las «necesidades» humanas no abarca sólo la dimensión material, biológica o natural; tiene que responder también al destino trascendente del hombre.

En el artículo titulado «Dimensión trinitaria de la creación», Giuseppe Marco Salvati, O. P., profesor en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad «Santo Tomás de Aquino», indaga sobre la relación entre dogma trinitario y dogma de la creación. Sostiene que falta por incorporar más fuertemente la dimensión trinitaria en la presentación del misterio de la creación. Manteniendo el punto dogmático de que la Trinidad actúa como *unum principium* al crear, este autor desarro-

lla un segundo punto, inseparable del primero: de la misma manera que la única esencia divina pertenece a las tres Personas *según un cierto orden*, el único acto creador es desempeñado por las Personas divinas *según un cierto orden*: pertenece al Padre, quien lo tiene sin recibirlo; pertenece al Hijo, quien lo recibe del Padre; pertenece al Espíritu Santo, quien lo tiene como recibido del Padre y del Hijo. De esta forma se ve claramente que el acto (libre) de la creación guarda cierta continuidad con la vida intratrinitaria.

Abundando en esta misma idea, Salvati enfoca la producción (gratuita) por Dios de seres finitos, como prolongación y manifestación de las procesiones intratrinitarias. En la Trinidad, el Padre engendra al Hijo como Persona distinta aunque consustancial; y el amor mutuo entre Progenitor y Engendrado es tan fecundo que su resultante es un Tercero, el Espíritu. Esta riqueza de vida interior de Dios (Padre), que «deja espacio» para otras dos Personas, distintas-pero-iguales, es la misma que fundamenta la producción, de la nada, de «otros-no-consustanciales».

En el capítulo final, Sebastiano Mosso, S. J., profesor en la Facultad Teológica de Cerdeña (Cagliari), enfoca el empeño del hombre por la justicia, la ecología, y el trabajo, a la luz de la fe en la creación. Mantiene que el empeño del hombre en estos tres campos deriva de una responsabilidad ética enraizada en la creación. Así, el esfuerzo humano por vivir la justicia puede entenderse como respuesta a la llamada a imitar la justicia divina. Debe tener, pues, las siguientes características: «personalismo comunitario» (solicitud por cada individuo, sin perder de vista su pertenencia esencial a una comunidad); igualdad en el trato; atención preferencial a los débiles. A su vez, el empeño por respetar la ecología puede entenderse a la luz de

la vocación del hombre a dominar la tierra. El hombre tiene que hacerlo como imagen de Dios: no como tirano, sino más bien como alguien que se relaciona armoniosamente con la creación. Finalmente, el trabajo forma parte de la vocación integral del hombre que, junto con sus conciudadanos de todos los tiempos, busca mejorar las condiciones de su vida en la tierra, consciente a la vez de que la construcción de la ciudad terrena es distinta del Reino escatológico (aunque no irrelevante para éste).

En un artículo final, Bruno Salmona, profesor en la Facultad de Magisterio de la Universidad de Estudios de Génova, investiga en los Padres de la Iglesia el tema del hombre como vicario de Dios en la creación. La noción del hombre como representante divino aparece fundada sobre una revelación más básica, a saber: que el hombre es creado a imagen del Creador. Es esta participación en la inteligencia y solicitud divinas la que le posibilita actuar de modo único sobre el resto del cosmos material.

El autor detecta rasgos platónicos en algunos pasajes de Padres Orientales que subrayan el dominio intelectual del hombre sobre la naturaleza sin recalcar demasiado la idea de que el hombre sólo puede ejercer tal dominio en cuanto que es un ser compuesto de espíritu y de materia. Sin embargo, añade el autor, las afirmaciones sobre la resurrección del cuerpo matizan en cierto modo estos tintes platónicos.

En líneas generales, los estudios de este volumen no pretenden ser investigaciones técnicas, ni innovadoras; sus autores tienen más bien el interés de traducir, en un lenguaje sencillo y asequible, los enfoques modernos de la relación hombre-creación. El libro tiene valor, por tanto, en cuanto que resume temas bíblicos, patrísticos, magisteriales, y especulativos que antes no habían re-

cibido tanta atención, pero que son verdaderamente relevantes para elaborar una adecuada teología de la creación.

J. Alviar

Colin E. GUNTON, *Christ and Creation*, ed. Eerdmans, Michigan 1992, 127 pp., 13,5 x 21,5

En 1990 Colin Gunton, profesor de teología en King's College (Londres), fue invitado al Nazarene Theological College para impartir las Didsbury Lectures. Sus conferencias, reunidas y ligeramente retocadas, se publican ahora en este volumen. Si bien su tema central es la relación entre Cristo y la creación, el libro tiene una amplitud de visión que permite al autor definir su obra como un resumen de la cristología dogmática. Enumeramos a continuación sus afirmaciones más relevantes:

En el estudio escriturístico, el autor apunta tres aspectos de la revelación sobre Cristo y la creación:

1. Cristo como Señor: su inauguración del Reino (con sus milagros y demás actos) abarcó tanto el mundo de la materia como el del espíritu, ya que todo lo que existe fuera de Dios es uno y es creación. Todo cae bajo el poder divino; nada se escapa al dominio del Señor. (Este dato contrasta con los intentos racionalistas de reducción de los relatos de milagros de Jesús al ámbito de curación de enfermedades psíquicas). 2. Según Génesis, todo —tanto materia como espíritu— es creación; cuando se produce la alienación del Creador, el mal moral y el mal físico aparecen mutuamente implicados (muerte; Muerte). También la redención ofrecida por Cristo aparece no sólo como salvación del pecado, sino como restablecimiento de la capacidad de dominio del hombre sobre la naturaleza. 3. La unión entre

dos dimensiones de Cristo, como agente de Redención, y co-agente de creación.

Después del estudio bíblico siguen capítulos de índole más especulativa. Las ideas más interesantes son las siguientes: 1. Que se haya encarnado el Hijo expresa claramente una doble realidad: el Amor del Hijo y su relación íntima con el cosmos, que arranca desde la creación. 2. Cristo, en la Encarnación, se hace parte de la creación sin dejar su dimensión divino-trascendente, y como centro de la creación ofrece al Padre una obediencia; de esta forma comienza la restauración de la teleología de todo lo creado. Cristo aparece en su obediencia como el punto de inflexión de la estructura espacio-temporal de la creación. 3. Su resurrección significa asimismo el situarse la humanidad de Cristo —núcleo y culmen de la creación— en el «fin», en la escatología, en el estado de perfeccionamiento (cooperado por el Espíritu) de la obediencia de la humanidad de Jesús. 4. La kénosis —en la Encarnación y en la Cruz— no implica tanto un despojarse Dios de su poder, sino que constituye más bien su supremo acto de poder: es la forma histórico-espacial por la cual Dios entra más a fondo en su propia creación, para volver a arrastrarla hacia El, ejerciendo sobre ella un poder capaz de sanar y divinizar. La kénosis nos dice claramente cómo es la relación del Hijo con todo lo que se halla «al exterior» de Dios: es el rostro histórico del amor y poder divinos (Dios Padre envía; el Hijo se entrega; el Espíritu lleva a perfección la obra salvadora). En esta perspectiva se ve la continuidad entre el acto creador y el acto redentor: en ambos casos es el amor de Dios el que toma forma temporal y espacial, a través de la actividad del Hijo y del Espíritu Santo. La Iglesia, a su vez, es el ámbito (ligado a Cristo) donde la humanidad del Verbo,